



PRISIONERO DE LAS DOCE TRIBUS

GUILLERMO ALTZATE Y SU FAMILIA FUERON CAPTADOS POR UN GRUPO ECORRELIGIOSO INSTALADO EN SAN SEBASTIÁN

[Marisa CARRIO] [Fotos: Ramón MOURELLE]

Se preparan para la vuelta del Mesías y, hasta ese día, viven en comunidades repartidas por medio mundo. En España, han elegido Irún y San Sebastián, en Guipúzcoa, Pravia (Asturias) y Nerja (Málaga). Según algunos ex miembros, el objetivo de este grupo, conocido ▶



Promulgan la vida sana y en comunión con la naturaleza; pero, según un ex miembro, es un grupo que “manipula las mentes y utiliza métodos dictatoriales”. Tras siete años bajo su influencia Guillermo consiguió salir y llevarse a sus hijos. Su mujer prefirió seguir en la comunidad.



VIAJE EN EL TIEMPO

La comunidad donostiarra de Las Doce Tribus, que se ha instalado en un caserío del monte Ulía, en San Sebastián (sobre estas líneas), vive como hace cien años. En la foto del centro, la mujer y los tres hijos de Guillermo Altzate (a la derecha), que formaron parte de este grupo durante siete años.





ROLES MACHISTAS

como Las Doce Tribus, es que cada una de éstas reúne 12.000 niños "totalmente puros, no contaminados del resto de la sociedad". Sólo así se materializará la vuelta del Mesías, afirman. En Francia han sido investigados, y en el País Vasco la Consejería de Cultura tiene encima de la mesa la papeleta sin resolver de un total de dos comunidades de 85 personas que no escolarizan a sus hijos. El Juzgado de Instrucción número 1 de San Sebastián mantiene abierta una investigación desde el año 2002.

Guillermo Alzate ha vivido siete años con ellos en la casa que tienen en el monte Ulía, de San Sebastián. Conoce los porme-

nores del funcionamiento de este grupo, del que fue expulsado sin su familia por disidente. Setenta días de separación que abrieron para siempre una brecha en su entorno más cercano.

Un puesto de productos naturales en una feria de artesanía fue el cebo con el que se ganaron su confianza y la de su esposa: "En aquella época estábamos en la onda de la alimentación sana, que era justo lo que ellos ofrecían". Después de visitar la comunidad en la que vivían en aparente perfecta armonía, Guillermo y su mujer solicitaron formar parte del grupo. "Entonces éramos unas 40 personas incluyendo los niños. La

Las Doce Tribus propugnan la absoluta sumisión de la mujer al hombre. Sólo las esposas de los líderes pueden dar órdenes, y sólo a otras mujeres.

casa era una especie de chabola que poco a poco se fue adecuando y mejorando". Tenía siete habitaciones, una para cada familia. El resto pernoctaba en una *roulotte* o en tiendas de campaña. Los solteros dormían todos juntos en una especie de pajar bajo el tejado del edificio. La vivienda disponía de dos baños y una cocina para todos.

Pese a la austeridad de la casa, Guillermo y su familia estaban felices: "La comunidad nos pareció un mundo ideal", recuerda. Todas las semanas una familia era designada para levantar a los demás y encargarse de los desayunos. "Una pareja nos despertaba puerta por puerta cantan-



NI MÉDICO NI ESCUELA

U nos cincuenta niños en edades comprendidas entre los 6 y los 17 años viven en Las Doce Tribus en el País Vasco. Los partos son naturales y los varones se circuncidan. No van al colegio ni cuentan con ningún tipo de control sanitario. "Los menores no reciben regalos, ni juguetes ni nada —explica Guillermo Alzate—. Tienen lo que se llama un 'training', que es como la escuela de los niños, donde aprenden a leer y a escribir, la Biblia y poco más. La educación que reciben es muy lamentable y pobre. Hay quienes no han conocido una vida fuera de la comunidad". En Francia Las Doce Tribus ha sido investigada por la situación de los menores. Guillermo no habla de malos tratos, pero menciona que "se les obliga a una obediencia absoluta a los padres. Utilizábamos una varita con la que se les pegaba en el culo o en la mano cuando hacían algo mal".

A pesar del aislamiento en el que viven, la comunidad no cuenta con ningún médico. "La alimentación es muy sana y los niños enferman poco, pero allí sólo hay una persona con conocimientos sobre medicina natural", asegura Guillermo.



TIENDA GANCHO

do una alabanza con algún instrumento musical. Nos levantábamos todos los días media hora antes de la salida del sol para lo que llamábamos 'nija'. El nija es el sacrificio de la mañana. Consiste en que todos los miembros del grupo se reúnen en un círculo antes de la salida del sol. "Es el momento en el que se decían cosas agradables de la comunidad. Después los hombres levantaban las manos y las mujeres se cubrían la cabeza con un pañuelo y se hacía una súplica".

Luego llegaba el desayuno y una larga jornada de trabajo. "No había horarios, a veces nos pasábamos toda la noche trabajando", relata Guillermo. Las labores de la comunidad consisten en atender la panadería, amasar el pan y elaborar mermeladas, galletas y otros productos naturales. También trabajan una pequeña huerta.

El día de descanso era el sábado, pero los momentos de ocio no incluían ni televisión, ni periódicos, ni libros; todo estaba prohibido: "Hay una regla para todo, incluso para cómo comer y cómo vestir. Todo está estipulado". Tampoco podían abandonar la residencia, salvo en grupo y si se decidía hacer alguna excursión.

Guillermo sólo tardó un mes en desencantarse: "Los líderes estaban todo el día hablando y discutiendo, mientras el resto no parábamos de trabajar". Una vez a la semana hacían sonar un cuerno de carnero que anunciaba la hora de reunión del grupo y el comienzo de lo que se conoce como

teaching. Es el momento en el que uno de los maestros imparte una lección. Lee algo que ha llegado de América sobre comportamiento, emociones, ofrece una visión diferente del mundo... Todo con un mismo objetivo: "Te van manipulando y haciéndote asimilar que la vida y el tiempo no te pertenecen y que es la voluntad de otras personas la que dirige tu destino". No estaba bien visto manifestar desacuerdo con los líderes, ni tampoco hacer confidencias con otros miembros. El castigo era la excomuniación: "Te hacían lo que llamábamos 'cortar la comunión'. No puedes levantar los brazos ni tu esposa ponerse el pañuelo en los momentos de oración. Estás marcado".

Nadie dispone de dinero en el grupo. Los miembros entregan todos sus bienes al ingresar. Cuando él llegó a la hermandad, puso a disposición de los líderes una pequeña pensión. Era todo con lo que contaba. El dinero va a un fondo común. El grupo

se financia además vendiendo productos naturales en su tienda de San Sebastián y en las ferias de la provincia. "En un fin de semana ganaban 24.000 euros", afirma Guillermo.

Los roles están perfectamente planificados. "La mujer está totalmente sometida al marido. Es él quien le dice lo que tiene que hacer en cada momento y no pueden hablar en público. Las esposas de los líderes dirigen a otras mujeres, pero ninguna da una orden a un hombre".

La asociación Las Doce Tribus tiene una tienda en la parte vieja donostiarra para vender productos naturales y promocionar sus actividades.

Guillermo y su esposa vieron nacer y crecer a dos de sus tres hijos allí durante siete años de vida austera y aislada. "No teníamos contacto con nadie que no fuese del grupo. Nuestros niños tampoco podían ver a los abuelos. Nos decían que, si lo consentíamos, era preferible que se quedaran con ellos definitivamente para no contaminar al resto".

Las estrictas normas, el trabajo a destajo y las injusticias hicieron que Guillermo acabara enfrentándose a los líderes. Y lo expulsaron: "Me convocaron una mañana y me dijeron que tenía que abandonar la comunidad". Tuvo que irse sin su mujer y sus tres hijos y con una bolsa de basura llena de ropa vieja como único equipaje: "Alquilé una habitación en una pensión y busqué un trabajo. Después de lo que para mí fue una condena de 70 días en los que escribí catorce cartas para que me dejaran volver, me armé de valor y me presenté en la casa". Para evitar escándalos, la comunidad decidió echar a toda la familia. Sin casa ni trabajo, Guillermo tuvo que arreglárselas para empezar de nuevo.

Después de cuatro años de ficticia normalidad, hace sólo unos meses volvió a tocar el infierno cuando supo que su mujer seguía enganchada psicológicamente al grupo. "Un día descubrí que mantenía correspondencia con ellos. Le pedí explicaciones, pero ya era demasiado tarde. Ella había decidido regresar a la comunidad".

El juez le ha dado la custodia de los niños a Guillermo, y la madre ha decidido verlos una tarde de domingo al mes. Entre su familia y Las Doce Tribus, ha preferido seguir prisionera.

**"HAY REGLAS
PARA TODO,
INCLUSO PARA
CÓMO COMER O
VESTIR", RELATA
ALTZATE**